

AULA SIN MUROS: EDUCACIÓN PARA LA COMUNICACIÓN Y LA CULTURA

Teresa Quiroz

Las urgencias de renovar la educación como un campo en el que la comunicación y la cultura –en su diversidad y pluralidad– comprometan a las políticas de estado, a las agencias de cooperación, a las universidades y a los diferentes actores involucrados en Iberoamérica constituyen una gran apuesta a la que deben sumarse tanto desde la reflexión académica y desde la acción y la política.

El campo de la educación para la comunicación y la cultura es particularmente sensible e importante para las facultades de Comunicación en América Latina que forman profesionales, cuyas miradas y formación tienen que superar la visión que reduce la brecha o la desigualdad educativa como resultado de un problema de acceso y del mercado. La educación sigue caminando lento con relación a los procesos de innovación y los cambios tecnológicos frente a los retos que requiere enfrentar. Se hace necesario comprender los cambios culturales que pasan por los procesos de comunicación e información para evitar las fracturas culturales que existen al interior de las escuelas, entre el maestro/adulto y los niños y jóvenes, así como por la exclusión social y simbólica a la que se ven sometidos los más pobres frente a la abundancia informativa de las minorías.

Estos propósitos requieren, más que nunca, de políticas de cooperación en Iberoamérica. Justamente porque América Latina sufre por la ausencia de estrategias propias en sus políticas públicas con relación a los medios convencionales como la radio y la televisión, así como frente a la incorporación de las tecnologías de la información y la comunicación. Mientras algunas de las políticas que se aplican no son sino réplicas de las ‘recetas’ de organismos internacionales, surgen otras experiencias en las sociedades por parte de sectores, organizaciones e individuos que se apropian de estas tecnologías como pueden, de forma emergente pero creativa, y resuelven de forma desordenada algunos de los problemas de accesibilidad y participación.

1. Introducción

Las relaciones entre educación, comunicación y cultura adquieren relevancia en América Latina en los últimos 30 años, desde Paulo Freire y las experiencias en Brasil, Chile y otros países latinoamericanos que se propusieron vincular la historia particular y local de los educandos con la educación y los medios masivos. No solamente lo hicieron incorporando los medios a la educación como una forma de ilustrar la palabra del maestro en la escuela, sino desde la perspectiva de que la alfabetización se extienda al aprendizaje de las imágenes y su sentido. Ésta ha sido una preocupación de los investigadores y de los docentes de las universidades y escuelas latinoamericana-

nas. Luego se suman, en la última década del siglo XX, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación que amplían y recrean los problemas por los que atraviesa la escuela. Pese a ello, la escuela se reafirma aún en que la crisis puede enfrentarse con la incorporación de tecnología en el aula, sin transformar su modelo comunicativo y pedagógico. Sin embargo, y más que nunca, los problemas de comunicación en la escuela adquieren un valor fundamental, porque al cambiar los modos de circulación del saber y perder centralidad también pierden peso las figuras tradicionales que administran el conocimiento. Surge un nuevo espacio de comunicación, disperso, fragmentado, que permite la interacción a distancia y que implica otra manera de ver, de leer, de conocer que no está atado al libro y que le da un espacio al audiovisual, antes siempre ignorado porque se asoció a lo banal y a la manipulación.

A lo señalado hay que añadir que los jóvenes en esta primera década del siglo XXI son parte de una generación que me atrevería a llamar menos ‘americanizada’, quiero decir más diferenciada. Hay una comunidad lingüística iberoamericana, así como gustos y ciertos valores culturales comunes relacionados con la tradición y los procesos de mestizaje, culturas políticas y ciertas prácticas propias de países con extremos niveles de desigualdad que diferencian a los jóvenes latinoamericanos de otros de diversas latitudes, aun en medio de la globalización. A pesar de los abiertos procesos de homogeneización de las industrias culturales, lo que no se homogeneiza es el *habitus* cultural de los públicos y, en este caso, de los jóvenes.

2. Algunos referentes de lo que ocurre en América Latina

Investigaciones realizadas recientemente en América Latina concluyen en que la cultura mediática sigue cada vez más presente entre los niños y jóvenes, a través de los medios audiovisuales. Las imágenes de todo tipo, ya sea a través del cine, la televisión, las fotografías, los carteles, son grandes referentes para los escolares, y en parte significativa de lo que conocen del mundo y de su realidad. Sus expresiones son muy elocuentes cuando afirman con contundencia que las imágenes los ayudan a conocer, imaginar, informarse y ‘aprender’ (Quiroz, 2005-2006). Empero, los jóvenes carecen de una formación adecuada para ‘leer’ las imágenes, para interpretarlas, para vincularlas con otros referentes, para reflexionar sobre lo que ven y sobre su lenguaje porque no existe una educación para la comunicación que les permita incorporar estas necesarias competencias. La percepción rápida y entusiasta que tienen los jóvenes sobre las imágenes coincide con lo que Todd Gitlin (2005) denomina las relaciones que establecen los medios entre “la diversión y la utilidad”, la “sociedad del sentimiento y la sensación”. La seducción que produce la sociedad de la imagen –propia de la matriz del entretenimiento de las industrias culturales, no por la vía del entendimiento racional sino por el lado de la emoción y las sensaciones– es parte de la centralidad que hoy en día tiene la comunicación en sus vidas. Todo

aquello que llega y que entusiasma, moviliza los afectos, las relaciones y la comunicación adquiere a través de las industrias culturales un valor muy importante, en particular en estos grupos etarios. Definitivamente, el deseo precede a la racionalidad, y si las imágenes pueden facilitar la comprensión y ser 'divertidas' son consideradas 'útiles', sirven para aprender e informar, tanto como la escuela. La tarea en las instituciones educativas no puede reducirse, por lo tanto, a incorporar medios tecnológicos, sino a pensar en caminos y procedimientos que le proporcionen al educando nuevas competencias que eviten las fracturas entre sus sensibilidades, su cultura y el conocimiento racional.

En medio de la continua extensión de los medios masivos, de la televisión por cable y de Internet, de una transformación de los hogares y de las aulas de clase en los colegios y las universidades, es necesario interrogarnos acerca de los recursos que tienen los jóvenes para desenvolverse en la vida social en tiempos de velocidad, de sobreinformación e incertidumbre. A propósito de esto, Richard Sennett (2006: 11-12) se pregunta sobre los valores y prácticas que pueden mantener unida a la gente cuando se fragmentan las instituciones en las que vive, bajo la cultura del nuevo capitalismo. Menciona que sólo un determinado tipo ideal de hombre o de mujer es capaz de prosperar en condiciones sociales de inestabilidad y fragmentación, para lo cual hay que hacer frente a tres desafíos.

El primero está relacionado con el tiempo, en cómo manejar las relaciones a corto plazo y de manejarse a sí mismo mientras se pasa de una tarea a otra, de un empleo a otro, de un lugar a otro. Si las instituciones ya no proporcionan estabilidad, certidumbres, marcos a largo plazo, la persona tiene que improvisar el curso de su vida.

El segundo está vinculado al talento: cómo desarrollar nuevas habilidades, cómo explorar capacidades potenciales a medida que las demandas de la realidad cambian, y las personas y los trabajadores necesitan reciclarse en tiempos más breves. El orden social emergente afecta el ideal del trabajo artesanal, es decir el aprendizaje para la realización de una sola cosa realmente bien hecha, y se afirma la cultura moderna que celebra la habilidad potencial, más que los logros del pasado.

El tercer desafío se refiere a la renuncia: cómo desprenderse del pasado. Como nada está garantizado, ni siquiera el puesto de trabajo, es necesario un rasgo característico de la personalidad que descarte las experiencias vividas. Este rasgo –concluye Sennett– se asemeja más al consumidor, quien está siempre ávido de cosas nuevas, deja de lado los bienes viejos aunque todavía sirvan.

Esta visión de Richard Sennett corresponde a sociedades más desarrolladas y que participan centralmente de esta cultura del nuevo capitalismo. Este ideal de hombre y mujer que obligaría al sujeto a dejar su cultura en la entrada nos cuestiona acerca de los recursos que es necesario proporcionar a nuestros jóvenes iberoamericanos y que vinculen la comunicación con la educación y la cultura para desenvolverse en un mundo intercultural. ¿Cuáles son, entonces, las herramientas y capacidades requeridas para que los jóvenes puedan desarrollar con creatividad, talento, autonomía y libertad la incertidumbre social, laboral y personal?

Por estas razones resulta tan importante preguntarse acerca de lo que está ocurriendo y de lo que los escolares iberoamericanos hacen en la Red: si se produce un diálogo intercultural a través de la Red, si las posibilidades –tan elogiadas por muchos estudiosos e investigadores– de conocimiento del ‘otro’, distinto, de interacción con comunidades diferentes, de trabajo colaborativo, son prácticas comunes en la escuela y entre los jóvenes. Parcialmente podemos responder a esta interrogante señalando que el uso que se da a la Red es limitado. Se utiliza fundamentalmente para comunicarse con otros, se conversa con otros buscando amigos o relaciones, pero un uso que permita un aprovechamiento pedagógico y educativo de estos espacios, además de creativo y atractivo, todavía está ausente.

Lo señalado no es óbice para anotar que, a pesar del acceso restringido en las escuelas y hogares de familias con escasos recursos, Internet está en expansión y es conocido y, sobre todo, es parte del imaginario social de los escolares, sus padres y maestros. Pese a infraestructuras limitadas en los hogares y las aulas de clase, las tareas son encargadas por Internet y realizadas en las cabinas públicas. En muchos casos, incluso, los propios escolares se atreven a innovar y experimentar con la Red mucho más que los adultos.

Los niños y los jóvenes, pese a su corta edad, también tienen percepciones claras y frustraciones tempranas sobre sus países, lo cual se expresa en una inmensa desconfianza hacia los políticos y las autoridades. Pero lo que es más agudo es su percepción de la exclusión y de la discriminación entre los habitantes. Desde muy jóvenes sienten y saben que no son iguales, que el color de la piel, el dinero y el prestigio, el lugar del que vienen, así como las ‘relaciones’, son un factor de discriminación que no les permite mirar el futuro en condiciones de igualdad. Dramática constatación la de estos niños y jóvenes para quienes la educación que reciben no es una promesa de igualdad de oportunidades, para quienes sus lugares de procedencia y sus culturas locales son ignorados. Todo ello es advertido y percibido en la vida cotidiana y por los medios en general, y las imágenes audiovisuales en particular.

Estas aproximaciones a lo que está ocurriendo con los más jóvenes en la educación permite afirmar que la comunicación –bajo sus diferentes formas y en sus distintos espacios– no puede ser ignorada por las políticas educativas del Estado, por las políticas internas en los centros educativos, por el maestro en el aula, por la madre y el padre en el hogar, y por el propio escolar. La educación requiere de hacerse cargo de los cambios culturales que pasan hoy decisivamente por los procesos de comunicación e información. De otra manera no será posible formar futuros ciudadanos, competitivos en la producción y democráticos en sus conductas. No puede seguirse sosteniendo esta fractura y esta contradicción entre los conocimientos que vienen de la lectura y de la imagen; por el contrario, es imperioso trabajar en su complementariedad.

El escolar requiere actualmente dar curso a su autonomía y al desarrollo de sus propios puntos de vista acerca de lo que sabe y de lo que ocurre en sus contextos locales. Frente a la abundancia informativa, la educación para la comunicación debe permitir discriminar la información y disciplinar el pensamiento. Asimismo, crear espacios para vincular la educación con las experiencias y la cultura y comunicación cotidianas de los jóvenes, desde políticas y prácticas que le permitan integrar su pensar y su sentir, su razón y su emoción.

3. Jóvenes, comunicación e interculturalidad

En las últimas décadas del siglo XX se ha hecho evidente que la fractura entre la comunicación escrita y la audiovisual, que le otorga una categoría superior al discurso escrito y relega los sonidos y las imágenes al campo de las artes o a la sensibilidad individual y personal de carácter privado, va cediendo paso a un tipo de lectura que ya no se reduce a la lectura de materiales escritos. Hoy en día se conoce más, especialmente los más jóvenes, por lo que se ‘ve’ y se ‘escuchan’, que por lo que se lee. La televisión, la radio e Internet han reubicado las fuentes del conocimiento, los referentes, así como el lugar que tienen las personas en la propia producción del conocimiento. Se trata de un cambio cultural muy importante, especialmente en las nuevas generaciones, quienes en su vida diaria vinculan y enhebran sin jerarquías y un orden preestablecido el conocimiento racional y de origen formal con aquel que proviene de las imágenes y sonidos, que se relacionan bastante más con el sentir y sus emociones.

Raffaele Simone (2001) afirma que se adquiere conocimientos principalmente a través de la escucha o la visión no alfabética; es decir, a través de la inteligencia simultánea, que rompe con la linealidad. Se instaura así un nuevo orden de los sentidos en el cual se retorna al dominio del oído y de la visión no alfabética, propios y muy característicos de las nuevas generaciones de jóvenes. El habla pasa a tener una importancia capital, se ‘habla’ a través del chat, sin objetivo ni finalidad, sobre temas generales, sin referentes precisos, a través del teléfono celular, todo el tiempo y como una manera de vivir de modo intenso y desbordante.

Estamos, entonces, ante un nuevo espacio comunicacional, antes inexistente. Según Javier Echeverría la identidad de las personas se transforma por efecto del nuevo espacio social porque permite un nuevo modo de ser y estar en el mundo, interactuando a distancia y a través del cual las personas se ‘muestran’ a los otros, se expresan y se conocen a sí mismos (Echeverría, 2000). Afirma que la experiencia ocurre –sobre todo– en circuitos de información a través de las redes, y en el espacio comunicativo las personas se comunican, vinculan, relacionan, muestran sus propias creaciones, sin que medien necesariamente relaciones directas y físicas.

Se produce, en palabras de Alberto Melucci (1999), una “presentificación” del tiempo, lo cual afecta la manera en que percibimos y definimos la realidad. El valor del presente, del momento, del ‘tiempo real’ altera las sensibilidades y percepciones. Si la información es un recurso simbólico y reflexivo, definitivamente el acceso al conocimiento produce nuevas formas de poder, desigualdad, discriminación y conflictos. Añade Melucci que el conocimiento es cada vez menos conocimiento de contenidos y cada vez más capacidad de codificar y decodificar mensajes. Más aun, existe un abismo entre la simple información lineal y acumulativa, por un lado, y la sabiduría que proviene de la percepción del significado y su integración a la existencia individual, por el otro. Por ese motivo se produce una división entre el reino del conocimiento instrumental y su adecuada utilización en la vida personal. A esto lo denomina la capacidad social para la individualización, es decir el aprender a aprender, que ensancha la autonomía individual y en el que el sujeto aprende a elegir frente al influjo excesivo de estímulos perceptivos y afectivos.

La vida social de los jóvenes y su propia subjetividad están ‘enredadas’ con sistemas tecnológicos, como señala Stanley Aranowitz (1998:40-41). Por ese motivo, considera que el concepto de ‘mediación’ resulta insuficiente para entender el papel de las tecnologías. La sociabilidad y la política, la percepción y la experiencia, así como el amor y la amistad, el poder y el prestigio, se ven desafiados o modificados por la tecnología. Aranowitz es muy crítico de quienes consideran que los medios son los responsables del declive de los ‘estándares’ culturales.

Joan Ferrés en varios de sus libros ha destacado que el vínculo emotivo, en particular con la televisión, es lo que explica la naturaleza de la relación con este medio. No es posible por ello pensar el desarrollo de una actitud reflexiva en los jóvenes que no pase por una visión integradora que tome en cuenta inevitablemente las imágenes y la música, su impacto emotivo y que convierta la emoción en reflexión (2003:60-64).

Para Manuel Castells la influencia más determinante que los medios ejercen proviene no tanto de lo que se dice, sino de lo que no se dice, de lo que se oculta, porque la actividad mediática reposa sobre una dicotomía: en la

mente del público sólo existe lo que los medios dicen que existe. Su poder fundamental reside, entonces, en su facultad de ocultar, de enmascarar, de condenar a la inexistencia pública. Precisa que el mensaje mediático más simple y poderoso es la imagen, y es el rostro el mensaje visual más simple y más efectivo (Castells, 2006).

¿Qué relación existe entre el acceso y el uso de estas tecnologías y las posibilidades de un diálogo y de una comunicación intercultural entre los jóvenes? Hay planteamientos como el de Martín Hopenhayn, quien considera que la globalización nos pone una miríada de culturas, sensibilidades y diferencias de cosmovisión en la punta de nuestras narices. Podría tratarse de una oportunidad inédita de recrear y pluralizar nuestra identidad. Indudablemente, el volumen y el flujo constante de las señales que otros nos envían a distancia se presentan como una posibilidad, pero también como el riesgo del debilitamiento de las identidades, de su disolución. La globalización no tiene, por tanto, un signo único (Hopenhayn, 1995). Hay quienes sostienen, criticando la visión anterior, que somos parte de una sociedad red, en donde el nuevo poder reside en los códigos de información y en las imágenes que influyen sobre las estrategias de vida y la toma de decisiones. Se trataría de la utopía de un mundo feliz que ignora la coexistencia de circuitos abiertos con conocimientos estratégicos reservados a pocos. Conviven así más bien integraciones restringidas en un ancho mar de exclusiones, en el cual las personas sobran cada vez más.

Este tema es particularmente sensible en países donde el debate sobre las identidades nacionales tiene larga historia. El historiador peruano Nelson Manrique (1995) apuesta a que es posible aprovechar la diversidad de nuestros países para integrarnos a la sociedad global. Considera que si bien no faltan quienes ven en estos cambios la amenaza final contra la cultura andina y su pérdida de identidad, los campesinos, indefectiblemente, serán parte del proceso de globalización que estamos viviendo. A medida que se incorporen –aunque de modo segmentado– a la sociedad virtual que se está desplegando, terminarán compartiendo una doble identidad: una planetaria, construida en el contacto con el resto del mundo a través de las redes, y otra alimentada por los contactos primarios, cara a cara. Manrique piensa que las nuevas tecnologías son claramente compatibles con la diversidad y la heterogeneidad.

Para Jesús Martín Barbero (1999) es un hecho cultural que en el conjunto de América Latina las mayorías, particularmente los jóvenes, se han incorporado y se han apropiado de la modernidad, sin dejar su cultura oral. Señala que lo han hecho no de la mano del libro, sino desde los géneros y las narrativas, los lenguajes y los saberes, de la industria, la experiencia audiovisual y, hoy en día, de Internet. De alguna manera están en juego hondas transformaciones en la cultura cotidiana de las mayorías, especialmente en unas nuevas generaciones que saben leer, pero cuya lectura se halla atravesada por la pluralidad de textos y escrituras que hoy circulan. Ello nos tiene que llevar a

pensar en la complejidad de relaciones que actualmente se producen en Latinoamérica entre la oralidad que perdura como experiencia cultural primaria de las mayorías y la visualidad tecnológica. Vivimos desconcertantes paradojas en América Latina: por un lado, somos testigos de la abundancia comunicativa, la amplia disponibilidad de información y la explosión de imágenes, y, por el otro, un deterioro de la educación formal, un empobrecimiento de la experiencia y un debilitamiento de lo público, entendido como espacio de participación activa de la ciudadanía.

Todo proyecto de cooperación en el campo de la educación, la comunicación y la cultura requiere de la propuesta de un tipo de comunicación a distancia que desarrolle una subjetividad abierta a la diferencia cultural y lingüística, a otras sensibilidades, pero también al conocimiento de otras realidades familiares y educativas. La búsqueda de información aún está orientada y restringida a demandas como conocer sobre perspectivas vocacionales, el cuidado de la salud reproductiva, el consumo de drogas, la pornografía, entre otros asuntos, por supuesto gravitantes. Los jóvenes ya no recurren a los adultos solamente, sino que buscan informarse de manera directa; están, seguramente, más preparados que lo que estuvieron sus padres, así lo sienten y lo manifiestan. La educación podría atender estos problemas y ampliar las preocupaciones.

4. Educación e Internet

La sociedad Red de Manuel Castells es el concepto más completo para entender la estructura social compuesta de redes potenciadas por tecnologías de la información y la comunicación. Se trata, entonces, de una nueva cultura no basada en el contenido sino en el proceso, una cultura de la comunicación, una red abierta de significados culturales que pueden no sólo coexistir, sino también interactuar y modificarse mutuamente sobre la base del intercambio. Castells comenta que los medios se han convertido en el nuevo espacio público, y critica tanto la visión 'habermasiana' de la constitución y las instituciones políticas democráticas –terreno común de la sociedad–, así como la visión de la Escuela de Chicago, revivida por Lefebvre y Richard Sennet, de la ciudad como espacio público para la comunicación y la integración social. Estaríamos ante nuevos lugares comunes en los que los sujetos se desenvuelven y que están conformados por los medios heredados de los *mass media*, transformados a su vez por la digitalización, por los nuevos sistemas de comunicación construidos en Internet o en torno a la Red. Pese a lo que muchos piensan, todo esto no significa la desaparición de la interacción personal entre los sujetos, porque cuanta más comunicación existe en el espacio electrónico, más afirman las personas su propia cultura y experiencia local (Castells, 2007, Tomo 1: 71).

Internet es una tecnología de relación, de comunicación, en la que están presentes el cerebro y el corazón, el pensar y el sentir. Puede acompañar el desarrollo y la apertura a nuevas formas de relación, de carácter personal,

profesional, científico, y puede ser un elemento peligroso si sustituye a otras formas de relación y experiencias. En la Red se modifican muchos patrones culturales del pasado porque las jerarquías tradicionales que encargaron a las instituciones formales la producción y distribución del saber desaparecen y se ven acompañadas de otros espacios en el cual hay un saber compartido que se va elaborando. El llamado ‘aprender a aprender’, así como el aprender a vivir juntos, adquiere en la sociedad Red una nueva dimensión.

Internet crea y produce una relación distinta con el espacio y el tiempo. El sentido de la inmediatez adquiere un valor diferente. En la Red, tanto la necesidad de reconocimiento –identificando sentimientos, búsquedas y miedos comunes– como el anonimato son elementos que forman parte de las motivaciones que animan a los navegantes y usuarios. Se conforman tribus y grupos que van desarrollando sensibilidades comunes, modos de sentir, como una ciudad en donde las personas se asoman por sus ventanas, entran y salen, se conectan y desconectan, construyen afinidades y gustos compartidos a través del anonimato, que les permite experimentar múltiples y paralelas identidades en estos *no lugares*.

El tema del conocimiento compartido, la investigación y el aprendizaje colectivo es uno de los asuntos más importantes sobre el cual echar algunas luces. Esto porque, como señala Hans Siggaard Jensen en el Manifiesto abierto sobre investigación y aprendizaje (setiembre de 2003), la educación hay que entenderla como un proceso conjunto y recíproco, permanente, y como una actividad que no está asociada a los lugares clásicos de la enseñanza-aprendizaje, porque la comunidad que aprende no tiene una localización geográfica o espacial; está, simplemente, en cualquier lugar donde estén sus miembros (Piscitelli, 2005) . Es decir, es posible hablar de un nuevo concepto social del aprendizaje integrado a las formas de vida bajo contextos sociales cooperativos que faciliten el aprendizaje de otros modos y en comunidad. Por ese motivo, los jóvenes se distancian muchas veces de los adultos que quieren utilizar las tecnologías para seguir haciendo exactamente lo mismo que antes. Esta comprensión y actitud pueden generar los lazos que socaven la cultura del individualismo porque ayuda a tener en cuenta al ‘otro’ de la comunicación (no en una dimensión instrumental, más allá de comprar y vender o de alguna relación utilitaria), sino porque se hace posible –con una visión plural y más aún intercultural– conversar, negociar, intercambiar.

Carina Lion (2006) se pregunta si los aprendizajes se potencian con tecnologías y cuándo promueven las tecnologías el compromiso ciudadano, usuarios críticos o ‘multitudes inteligentes’. Responde planteando que si queremos promover esos compromisos, actitudes y miradas críticas, así como generar pensamientos complejos, mediados tecnológicamente en tiempos ‘atemporales’ y en espacios no delimitados, es indispensable pensar en una educación más allá

del aula de clase. Vale decir, una educación que se construye en la interrelación cotidiana, con el auxilio y la intervención de fuentes muy diversas, para lo cual se requiere de propuestas flexibles, con mucha tolerancia a la espera y mayor lugar para la reflexión. Añade Lion que frente a la fugacidad, atemporalidad, imprevisibilidad y al inmediatez de la comunicación, habrá que buscar espacios compartidos, tanto en tiempos sincrónicos como asincrónicos, en los que la reflexión y el pensamiento no se reduzcan a operaciones de ensayo y error, como muchas veces ocurre con prácticas muy corrientes en los espacios virtuales, por ejemplo con la navegación a través de Internet y especialmente con los juegos. Solamente así se podrá favorecer procesos críticos de apropiación del conocimiento.

El brasileño Marco Silva, a propósito de la interactividad en la educación, sostiene que la memorización y la repetición, que responden a la pedagogía de la transmisión, siguen siendo el modelo de enseñanza más común y que pese a que hace muchos años esta educación es criticada y cuestionada, no hay síntomas significativos de haberse modificado. La interactividad no es un concepto de informática, sino más bien de comunicación; es la expresión de la emisión y recepción como co-creación libre y plural. Le facilita al educando operar con recursos de conexión y de navegación con referencias multidireccionadas para manipular, modificar y adentrarse en aspectos desconocidos. La interactividad supone un modelo que abandona la unidireccionalidad tradicional, no es de *uno a todos*, sino de *todos a todos*, y de alguna manera de, 'hágalo-usted mismo'.

Ese concepto de la interactividad y del papel del maestro no está necesariamente asociado a la riqueza o pobreza de un aula. Puede haber aulas muy pobres, pero ricas en interactividad, además con o sin tecnología digital. Puede haber aulas ricas, con todas las instalaciones, conexiones y las computadoras de última generación, en las que prevalece la pedagogía de la transmisión (Silva, 2005:15-20). Si bien las tecnologías y la computadora e Internet aparecen como la gran promesa de cambio, hay que tener en cuenta que si las prácticas educativas no evolucionan, lo digital puede seguir siendo utilizado para potenciar el modelo de transmisión. Pero, como ha sido expuesto, no basta con ampliar o democratizar el acceso a los medios digitales de información. Es necesario educar a maestros y estudiantes, llegar a las comunidades educativas excluidas, dotarlas de capacidades para evitar el uso instrumental de Internet, porque de otra manera se perderá toda posibilidad de movilizar una inteligencia colectiva y plural desde el aula.

5. Proyectos que vinculen la comunicación, la educación y la cultura:

En la línea de preocupaciones que se han desarrollado, planteamos lo siguiente:

La cultura tiene un valor central en el desarrollo integral del ser humano, motivo por el cual resulta indispensable proteger la diversidad cultural en nuestro continente, así como consolidar un espacio iberoamericano. Asimismo,

es necesario reconocer que las poblaciones migrantes latinoamericanas pueden contribuir a los procesos de interculturalidad, fuera de América Latina.

La educación en nuestros países tiene que enfrentar los cambios culturales que pasan hoy decisivamente por los procesos de comunicación e información para evitar la ‘cultura fracturada’ que existe en las aulas. Esto permitirá fomentar una educación competitiva que prepare adecuadamente a los educandos para enfrentar su futuro laboral y social, así como para formarlos como ciudadanos democráticos y participativos.

Resulta indispensable contribuir desde las universidades a reforzar en los sistemas educativos el conocimiento y la valoración de la diversidad cultural iberoamericana, a través de programas que permitan el diálogo y la interconexión de experiencias y de prácticas que enriquezcan la condición de los profesores y estudiantes. Es fundamental, pues, desarrollar una perspectiva regional en los procesos de acceso y de producción de conocimientos de carácter colaborativo.

Se debe asegurar el derecho de las poblaciones excluidas a la alfabetización y la educación básica a través de programas que incorporen las lenguas, valores y conocimientos propios de las regiones de procedencia, comprometiendo a las Facultades y Escuelas de Comunicación latinoamericanas en proyectos de investigación y de desarrollo que vinculen la comunicación a las políticas públicas de educación.

Por tales razones consideramos necesario:

Incorporarnos desde Iberoamérica, de un modo más activo y creativo, a la creación de contenidos a través de la Red. Es gravitante el peso que tienen en la actualidad las lenguas en Internet. Según algunos datos, el español ocupa el tercer lugar, después del inglés y el japonés, y según otras informaciones ocupa el cuarto lugar, después de ambos y el chino. Sin embargo, en la elaboración de contenidos estamos muy retrasados. Es fundamental trabajar en proyectos que permitan producir contenidos escritos y audiovisuales que puedan circular en la Red. Este es un gran reto para las universidades y sus facultades de Comunicación, lo que demanda de alianzas y vínculos entre instituciones diversas a través de foros y espacios que ofrezcan intercambios crecientes y productivos.

Recuperar y fortalecer la incorporación de la comunicación en la educación escolar. Para efectos del trabajo con las escuelas, el trabajo de cooperación en Iberoamérica requiere redoblar. Si no se cuenta con instrumentos y materiales para realizar un uso pedagógico de la Red, así como un trabajo creativo que convoque a la innovación

y la creatividad de parte de los propios escolares, no estaremos aprovechando las posibilidades colaborativas y de producción de conocimientos. La tendencia todavía está marcada por un uso para la comunicación individual y colectiva relacionada con el entretenimiento. Las posibilidades de dialogar y reflexionar sobre las imágenes se dan sobre todo por fuera de la escuela. La escuela requiere de incorporar un conocimiento sistemático sobre Iberoamérica, sobre la realidad política y cultural de los países, sobre las imágenes que nos hermanan, que permita promover una ciudadanía intercultural crítica, activa y propositiva, así como un diálogo entre los propios escolares.

Darle prioridad a la investigación.

La investigación es una tarea que no puede dejarse de lado en el trabajo de cooperación. Una investigación permanente y no comercial sobre acceso a los medios y a las TIC, de naturaleza cualitativa, que permita seguirle “el pulso” a las transformaciones que se vienen dando, tiene que ser una opción de la mayor importancia.

Televisión educativa.

Finalmente, proponer proyectos y alternativas que faciliten un vínculo con los medios masivos de comunicación, la televisión de señal abierta y de cable e Internet. Proponer, desde las universidades, otras formas de hacer televisión educativa y contenidos que puedan circular por la Red que rescaten las historias propias de los países, sus memorias, e incorporar las nuevas identidades que le permitan dialogar e interactuar entre sí y con el mundo.